

San Alfonso M.^a de Ligorio

CONFORMIDAD CON LA VOLUNTAD DE DIOS

En la portada se ve a Jesús en el Huerto orando al Padre: *«Padre, si quieres, aparta de mi este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya»* (Lc.22,42).

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

Con licencia eclesiástica

ISBN: 978-84-7770-622-9

Depósito legal: M. 26.732-2007

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

INTRODUCCION

Este librito que presentamos, aunque es muy pequeño en su volumen, es enorme en su contenido, ya que el secreto de la santidad no consiste en otra cosa.

Pero pienso que la mala interpretación de estas verdades puede traer un peligro. Estamos en tiempos que no podemos dormir; la voluntad de Dios no nos quiere inactivos, en un estado de posición pasiva para aceptar todos los acontecimientos como queridos por El. Hay muchas cosas que pasan en el mundo, que El no quiere que pasen, y nuestro deber es tratar de evitar que sucedan.

Sería fatal si alguien dijese: «Tanto se me da que ganen las izquierdas como las derechas, y tanto me importa el triunfo del comunismo como su derrota: yo me conformo con la voluntad de Dios». No, esto no se puede decir: «Tanto se me da que haya escuelas católicas como que todas sean laicas; tanto me importa que haya iglesias como que las quemén o las profanen dedicándolas a salas de teatro».

Pensemos que no solamente ofende a Dios el que peca; también le ofende el que pudiendo impedir que se cometa algún escándalo no hace lo que está en su mano para estorbarlo. Piensa que en tu presencia se cometen escándalos que pueden dar muerte a muchas almas. ¡Pobre de ti si estuviese en tu mano evitar la muerte de un alma y no hiciste nada para impedirlo!

Conformémonos con la voluntad de Dios, sí; pero después que hayamos hecho por nuestra parte todo lo que podamos para que las cosas sucedan de la forma más favorable para el bien de las almas.

I

Excelencia de esta virtud

Toda nuestra perfección está cifrada en amar a nuestro amabilísimo Dios, según aquello de San Pablo: *Tened caridad, que es vínculo de perfección* (1). Pero toda la perfección del amor está fundada en conformar nuestra voluntad con la voluntad de Dios; porque este es el efecto principal del Amor, dice S. Dionisio Areopagita, unir la voluntad de los amantes de suerte que no tengan más que un solo querer y no querer. Por consiguiente, tanto más amará el alma a Dios cuanto más unida esté con su divina voluntad. Verdad, es que agradan al Señor las mortificaciones, las meditaciones, las comunicaciones, las obras de caridad que ejercitamos con el prójimo; pero solamente cuando están conformes con su voluntad santísima; de lo contrario, lejos de ser de su agrado, las detesta y las juzga dignas de castigo.

Si un amo tuviera dos criados y uno de ellos tra-

(1) Col., III, 14.

bajara sin tregua ni descanso, pero siempre a su gusto y según su capricho, y el otro, aunque se afanara menos, se esmerase en hacerlo todo conforme a la obediencia, a buen seguro que el amo tuviera en más aprecio al segundo que al primero. Si nuestras obras no están hechas según el beneplácito del Señor, ¿cómo podrán redundar en gloria suya? No quiere Dios los sacrificios, sino que se acate su santísima voluntad. *¿Por ventura el Señor, dijo Samuel a Saúl, no estima más que los holocaustos y las víctimas el que se obedezca a su voz? Es como crimen de idolatría el no querer sujetarse al Señor* (1). El hombre que quiere obrar por propio antojo, con independenciam de Dios, comete una especie de idolatría, porque en este caso, en vez de adorar la voluntad de Dios, adora en cierto modo la suya.

Añádase a esto que la mayor gloria que podemos dar a Dios es cumplir en todo su santísima voluntad. Esto de buscar la gloria de su Padre, fue lo que principalmente vino a enseñar con su ejemplo nuestro Redentor, cuando del cielo bajó a la tierra. Al entrar en el mundo, según el Apóstol, se expresó de esta manera: *Tú no has querido sacrificio, ni ofrenda; mas a mí me has apropiado un cuerpo... Entonces dije. Heme aquí que vengo... para cumplir, ¡oh Dios!, tu voluntad* (2). Has rehusado las víctimas que los hombres te ofrecían; ya que es tu voluntad que te sacrifique el cuerpo que me has dado, pronto estoy a cumplirla. Y no pocas veces aseguró que había bajado a la tierra, no para hacer su voluntad,

(1) I Reg., XV, 22. (2) Hebr. X, 5.

sino la de su eterno Padre. *He bajado del cielo, ha dicho por San Juan, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de Aquel que me envió* (1). Y para que el mundo entendiese el amor inmenso que tenía a su Padre, se ofreció, por sujetarse a su voluntad, a padecer muerte de cruz para salvarnos. Esto cabalmente fue lo que dijo cuando en el Huerto salió al encuentro de sus enemigos que iban a prenderlo para conducirlo a la muerte. *Para que conozca el mundo, dijo, que amo a mi Padre y que cumpla con lo que me ha mandado, levantaos y vamos* (2). Y dijo también que solamente reconocería por hermanos suyos a los que cumpliesen su voluntad divina. *Aquel que hiciese la voluntad de mi padre..., éste es mi hermano* (3).

Todos los santos, convencidos de que en ello estaba cifrada la perfección cristiana, han puesto su afán y todo su intento en cumplir la voluntad de Dios. Decía el B. Enrique Susón “que Dios no exigía de nosotros que tuviéramos abundantes luces, sino que en todo nos sometiésemos a su voluntad”. Y Santa Teresa añade: “Toda la pretensión de quien comienza oración... ha de ser trabajar y determinarse y disponerse a hacer su voluntad, conformar con la de Dios. En esto consiste toda la mayor perfección que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien más perfectamente tuviere esto, más recibirá del Señor y más adelante está en este camino” (4). La B. Estefanía de Soncino, religiosa dominica, fue un día trasladada en admirable visión

(1) Joan, VI, 38. (2) Ibid., XIV, 31. (3) Matth., XII, 50.

(4) Moradas 2.

al cielo, y vió las almas de algunos difuntos, que ella había conocido, sentadas entre los serafines, y le fue revelado que aquellas almas habían sido levantadas a tan alto grado de gloria porque mientras vivieron en la tierra habían estado íntimamente unidas a la voluntad de Dios. El B. Enrique Susón también decía: “Prefiero ser el más vil gusanillo de la tierra por voluntad de Dios, que serafín en el cielo por mi propia voluntad.”

Mientras vivimos en el mundo, debemos aprender de los santos del cielo a amar a Dios. El amor puro y perfecto que los bienaventurados tienen en la gloria los inclina a conformar en todo su voluntad con la del Señor. Si los serafines entendieran que era voluntad de Dios el que se ocuparan por toda la eternidad en amontonar las arenas de las riberas del mar o en cultivar los jardines de la tierra, en ello pondrían todo su placer y todo su contento. Aún más; si Dios les manifestase que era de su agrado que se arrojaran al fuego abrasador del infierno, inmediatamente se arrojarían a aquel abismo sin fondo, para hacer la voluntad de Dios. Por esto Jesucristo nos enseñó a pedir la gracia de cumplir su voluntad en la tierra, como lo hacen los bienaventurados en el cielo, diciendo: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

El Señor llamó a David hombre según su corazón, porque ejecutaba lo que entendía era de su agrado. *He hallado a David, dice, hombre conforme a mi corazón, que cumplirá todos mis preceptos* (1).

(1) Act., XIII, 22.

En efecto, el Santo Rey estaba siempre dispuesto a seguir la voluntad divina, como él mismo lo asegura cuando dice: *Dispuesto está mi corazón, Dios mío, mi corazón está dispuesto* (1). Y no cesaba de pedir al Señor que le enseñase a cumplir su voluntad. *Enséñame a hacer tu voluntad* (2). Un solo acto de perfecta conformidad con la voluntad de Dios basta para santificar un alma. Cuando San Pablo perseguía a la Iglesia, le iluminó Jesucristo y lo convirtió. Para conseguirlo, ¿qué es lo que hizo San Pablo? ¿Qué es lo que dijo? No hizo más que ofrecerse a cumplir la voluntad de Dios. *Señor, dijo, ¿qué quieres que haga?* (3). Y en aquel mismo instante le proclamó Jesucristo vaso de elección y apóstol de los gentiles. *Ese mismo es ya un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre delante de todas las gentes* (4).

Y esto no es de maravillar, porque el que da a Dios su voluntad, se lo da todo; el que da limosnas da al Señor parte de sus bienes; el que se mortifica le da su sangre; el que ayuna le ofrece su alimento; pero el que le entrega su voluntad le da no sólo parte de lo que tiene, sino que se lo da todo. Entonces puede con toda verdad decirle: Pobre soy, Dios mío, pero os doy todo lo que poseo, porque dándoos mi voluntad no tengo más que daros. Esto es justamente todo lo que el Señor pide de nosotros: *Hijo mío, nos dice, dame tu corazón* (5); esto es: tu voluntad. Dice San Agustín que no podemos hacer ofrenda más agradable a Dios que decirle: To-

(1) Ps., LXI, 8. (2) Ps., CXLII. (3) Act., IX, 6. (4) Ibid., 15. (5) Prov., XXIII, 26.

mad, Señor, posesión de mí, os doy toda mi voluntad; dadme a entender lo que de mí queréis, que pronto estoy a ejecutarlo.

Si queremos colmar los deseos del corazón de Dios, procuremos en todo conformarnos con su santísima voluntad; y no sólo debemos conformarnos, sino también identificar nuestra voluntad con la suya; conformar nuestra voluntad con la de Dios es unir la nuestra con la suya; pero el identificarnos con ella exige más, exige que de la voluntad de Dios y de la nuestra hagamos una sola, de suerte que no queramos más que lo que Dios quiere, y nuestra voluntad sea la voluntad de Dios.

Esto es lo más subido de la perfección a la cual debemos siempre aspirar. A esto debemos enderezar todos nuestros deseos, todas nuestras meditaciones y plegarias. Esto es lo que debemos pedir por intercesión de nuestros Santos Patronos, por medio de nuestros Angeles Custodios, y sobre todo por mediación de María, Madre de Jesús, la cual fue más perfecta que todos los Santos, porque estuvo unida con más perfección que ellos a la voluntad de Dios.

II

Debemos conformarnos con la voluntad de Dios en la adversidad como en la prosperidad

La perfección de esta virtud exige que nuestra voluntad esté unida a la de Dios en todos los sucesos de nuestra vida, ya sean prósperos, ya adversos. Cuando se trata de sucesos prósperos, hasta los pecadores saben aceptar gustosos las disposiciones de Dios; pero los Santos saben identificarse con su voluntad santísima aun en las cosas adversas y contrarias a su amor propio; en éstas es donde se aquilata nuestra virtud y se aprecia el valor de nuestra perfección. Decía el B. Padre Juan de Avila “que vale más en la adversidad un gracias a Dios, un bendito sea Dios, que seis mil gracias de bendiciones en la prosperidad”.

Además, no sólo debemos recibir con resignación los trabajos que directamente nos vienen de la mano de Dios, como las enfermedades, las desolaciones de espíritu, la pobreza, la muerte de los pa-

rientes, sino también las que nos vienen por medio de los hombres, como son los desprecios, las calumnias, las injusticias, los hurtos y toda suerte de persecuciones. No debemos perder de vista que cuando alguno nos ofende en la fama, en la honra o en la hacienda, si bien Dios no aprueba el pecado del ofensor, quiere, esto no obstante, nuestra humillación, nuestra mortificación y pobreza. Es cierto, y de fe, que nada sucede en el mundo sino por voluntad y permisión de Dios. *Yo soy el Señor*, dice por Isaías, *que formó la luz y creó las tinieblas; yo soy el que hago la paz y envió los castigos* (1). De la mano de Dios nos vienen todos los bienes y todos los males, es decir, las cosas que nos molestan y que falsamente llamamos males: porque en realidad son bienes, cuando las aceptamos como venidas de parte del Señor. *¿Descargaré alguna calamidad sobre la ciudad*, pregunta el profeta Amós, *que no sea por disposición del Señor?* (2). *De Dios vienen los bienes y los males*, había ya dicho el Sabio, *la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza* (3).

Verdad es, como acabamos de decir, que cuando un hombre te ofende injustamente, Dios no quiere el pecado que el otro comete, ni aprueba la malicia de su voluntad, aunque el Señor presta su general concurso a la acción material del que te injuria, te roba o te hiere; por tanto, el trabajo que padeces ciertamente lo quiere Dios y por su mano te lo envía. Por eso dijo el Señor a David que El era el autor de las injurias que debía causarle Absalón, hasta

(1) Is., XLV, 6. (2) III, 6. (3) Eccli., XI, 14.

el punto de quitarle en su presencia a sus mujeres, en castigo de sus pecados. Yo, le dijo el Señor, *haré salir de tu propia casa los desastres contra ti, y te quitaré tus mujeres delante de tus ojos, y dárselas he a otro* (1). También predice a los hebreos que, en justo castigo de sus iniquidades, lanzará contra ellos a los asirios, para que los despojen y arruinen. *¡Ay de Asur!, dice el Señor por Isaías, vara y bastón de mi furor, enviarle he contra un pueblo fe mentido, y daréle mis órdenes para que se lleve sus despojos, y le entregue al saqueo y le reduzca a ser pisado como el polvo de las plazas* (2). La impiedad de los asirios era como una hacha en manos de Dios para castigar a los israelitas. Y el mismo Jesucristo dijo a San Pedro que su Pasión y Muerte no tanto le venía de la malicia de los hombres, como de la voluntad de su Padre, *El cáliz que me ha dado mi Padre*, le dijo, *¿he de dejar yo de beberlo?* (3).

Cuando el mensajero (algunos quieren que sea un demonio) fue a anunciar al santo Job que los sabeos le habían robado toda su hacienda y que habían sido muertos todos sus hijos, ¿qué respondió? Estas muy expresivas palabras: *El Señor me lo dió, el Señor me lo quitó* (4). No dijo, el Señor me ha dado los bienes y los hijos, y los sabeos me los quitaron; sino que, con mejor acuerdo, dijo: “El Señor me los dió, el Señor me los quitó”; porque sabía muy bien que la pérdida sufrida era conforme a su soberana voluntad, y por eso añadió: *Se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del*

(1) II Reg., XII, 11. (2) Is., X, 5. (3) Jo., XVIII, 11. (4) Job., I, 21.

Señor.

Por consiguiente, los trabajos que pesan sobre nosotros debemos mirarlos, no como cosas que suceden al acaso y por la sola malicia de los hombres, sino que debemos estar persuadidos de que cuanto sucede es por voluntad de Dios. “Todo cuanto nos acaece contra nuestra voluntad, dice San Agustín, hemos de convencernos que todo sucede por voluntad de Dios. Cuando Atón y Epicteto, preclaros mártires de Jesucristo, eran torturados por el tirano con uñas de hierro, que araban sus carnes, y teas encendidas que abrasaban su cuerpo, no decían más que estas palabras: “Cúmplase, Señor, en nosotros tu santísima voluntad”. Y cuando llegaron al lugar del último suplicio, alzando la voz, añadieron: “Bendito seas, Dios eterno, porque nos ha dado la gracia de que se cumpla por entero en nosotros tu voluntad”.

Refiere Cesáreo que en cierto monasterio había un monje que, no obstante llevar vida ordinaria y no más austera que los demás, había alcanzado tal grado de santidad, que con sólo tocar sus vestiduras sanaban los enfermos. Maravillado el Superior de lo que veía, llamólo un día aparte, y le preguntó por la causa de hacer Dios por él tantos milagros, siendo así que no llevaba vida más santa y ejemplar que los otros. “Tampoco dejo yo de maravillarme, respondió el monje, de lo que hago. —Pero, ¿cuáles son tus devociones y penitencias, tornó a preguntar el Abad. A lo que el buen religioso contestó, que

bien poco o nada era lo que hacía; pero tenía particular empeño en conformarse en todo con la voluntad de Dios, y que el Señor le había otorgado la singular merced de abandonarse en manos del querer de Dios. Ni las cosas prósperas me levantan ni las adversas me abaten, porque yo las recibo todas como venidas de las manos de Dios, y a este fin enderezo mis oraciones, esto es, para que se cumpla en mí toda su perfección santísima. —Pero, ¿no te turbaste e inquietaste el otro día, prosiguió preguntando el Superior, cuando aquel caballero, nuestro contrario, nos arrebató los medios de subsistencia pegando fuego a nuestra granja donde teníamos nuestro trigo y nuestra hacienda? —No, Padre mío, replicó el monje, antes dí gracias al Señor, como acostumbro hacerlo en semejantes casos, sabiendo como sé que todo lo hace o permite para su mayor gloria y para nuestro mayor provecho, y de esta suerte vivo siempre contento en todos los sucesos de la vida.” Después de oír estas palabras, ya no se maravilló el Abad que obrase tan grandes milagros aquella alma que tan identificada estaba con la voluntad de Dios.

III

Del gran provecho que se saca de conformar nuestra voluntad con la de Dios

El que se ejercita en la práctica de esta virtud, no sólo se santifica, sino que también goza en la tierra de paz inalterable. Preguntaron cierto día a Alfonso *el Grande*, rey de Aragón y príncipe sapientísimo, quien, en su concepto, era el hombre más feliz del mundo. “El que se abandona, contestó, a las disposiciones de Dios y de igual manera recibe de su mano las cosas prósperas y adversas.”

Para los que aman a Dios, dice San Pablo, *todas las cosas se tornan en bien* (1). Los que aman a Dios viven siempre contentos, porque ponen todo su gozo en cumplir su voluntad divina, aun en las cosas que contrarían la suya; y de esta suerte hasta los mismos trabajos se convierten para ellos en puras alegrías, porque no ignoran que, aceptándolos rendidos, dan gusto a su amado Señor. *Ningún acontecimiento*, dice el Espíritu Santo, *podrá con-*

(1) Rom., VIII, 28.

tristar al justo (1). En efecto: ¿qué mayor contento puede experimentar un alma, que ver que le sale todo a la medida de su deseo? Pues bien, cuando uno no quiere más que lo que Dios quiere, llega a conseguir cuanto desea, pues que, a excepción del pecado, nada sucede en el mundo contrario a la voluntad de Dios.

Se lee a este propósito en las vidas de los Padres del desierto que las tierras de cierto labrador producían más sazonados frutos que las tierras de sus vecinos; y como le preguntaran la causa: “No os maravilléis de esto, respondió, porque yo tengo siempre el tiempo que quiero. —¿Cómo es así? le dijeron. —Pues muy sencillo, contestó; porque yo no quiero otro tiempo distinto del que Dios me manda; y como yo deseo lo que Dios quiere, me da siempre los frutos como yo los quiero.”

“Las personas resignadas al querer y voluntad de Dios, dice Salviano, son humilladas, es verdad, pero aman las humillaciones; padecen pobreza, pero se complacen en ser pobres; en suma, aceptan gustosas todo lo que les acaece, y así llevan vida feliz y dichosa.” Viene el frío, la lluvia, el calor, el viento; pero el alma que está unida con la voluntad de Dios dice: “Quiero este frío, acepto este calor, paso porque haga viento y que llueva, puesto que Dios así lo quiere. Le viene un revés de fortuna, la persigue, cae enferma, le acosa la muerte, y dice: Quiero ser pobre, y perseguida y estar enferma, quiero hasta morir, porque Dios así lo quiere”.

(1) Prov., XII, 21.

Esta es aquella libertad tan admirable que gozan los hijos de Dios y que vale más que todos los reinos y señoríos del mundo. Esta es aquella paz que experimentan los santos, y que, según San Pablo, *sobrepuja a todo encarecimiento* (1); paz que vence a todos los placeres de los sentidos, a todos los festines y banquetes, a todos los honores y satisfacciones que puede proporcionar el mundo, los cuales, si bien halagan nuestro cuerpo, en el momento de disfrutarlos, pero siendo como son vanos y perecederos, lejos de apagar nuestras ansias de gozar, afligen el espíritu, asiento del verdadero placer. Por esto Salomón, después de haber gustado la copa de toda suerte de placeres, exclamaba angustiado: *Todo esto es vanidad y aflicción de espíritu* (2). *El hombre santo*, dice el Eclesiástico, *permanece en la sabiduría como el sol, pero el necio cambia como la luna* (3). El necio, es decir, el pecador, muda como la luna, que hoy crece y mañana mengua; hoy lo veréis reír, mañana llorar; hoy está manso y tranquilo, mañana furioso como un tigre. Y ¿por qué? Porque su contento depende de las cosas prósperas o adversas que le acaecen, y por eso cambia según soplan vientos prósperos o adversos. Mas el justo es bien así como el sol, siempre igual, siempre sereno y tranquilo, porque su contento está fundado en la conformidad de su voluntad con la de Dios, y por eso goza de una paz imperturbable. *Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*, cantaban los ángeles en el nacimiento del Señor,

(1) Phil IV, 7. (2) Eccl., IV. 6 (3) Eccli., XXVII, 12.

cuando se aparecieron a los pastores. Y ¿quiénes son estos hombres de buena voluntad, sino los que viven siempre unidos a la ley de Dios, que es sumamente *buena, agradable, perfecta*, como dice San Pablo? (1). En efecto, Dios no quiere sino lo mejor y más perfecto.

Los santos, conformándose con la voluntad divina, han gozado en la tierra de un paraíso anticipado. “Los antiguos Padres del desierto, dice San Doroteo, vivían en una paz inalterable, por recibir todas las cosas como venidas de la mano de Dios.” Santa María Magdalena de Pazzi, con sólo oír estas palabras: *voluntad de Dios*, experimentaba dulzuras tan inefables, que salía fuera de sí para caer en un éxtasis de amor. Verdad que la parte inferior no dejará de sentir los golpes de la adversidad, pero todo esto no pasará de la parte inferior, porque en la porción superior del alma reinará la paz y tranquilidad estando la voluntad unida a la de Dios, verificándose lo que prometió Jesucristo a sus discípulos, cuando les dijo: *Nadie os arrebatará vuestro gozo... vuestro contento será pleno y perfecto* (2). El que está identificado con la voluntad de Dios goza de una paz plena y perpetua: *plena*, porque, como ya dijimos, tiene cuanto quiere y *perpetua*, porque nadie le podrá arrebatar este gozo inefable, y por otro lado, nadie podrá estorbarle que se cumpla en él la voluntad de Dios.

Refiere el P. Juan Taulero que después de haber pedido con muchas instancias al Señor que le

(1) Rom., XII, 2. (2) Jo., XVI, 22, 24.

envíase algún maestro que le enseñase el camino más corto para llegar a la santidad, oyó cierto día una voz que le dijo:

—Vete a la iglesia, y en el pórtico hallarás lo que pides.

Fue y a la puerta sólo halló un mendigo descalzo y harapiento.

—Buenos días, hermano, dijo saludando al mendigo.

—Maestro, respondió el pobre, no me acuerdo de haber tenido jamás un día malo.

—Pues bien, que Dios te conceda vida feliz, repuso el religioso.

—¡Pero si yo, contestó el mendigo, jamás he sido infeliz! Y no se maraville, Padre mío, prosiguió diciendo, de que le haya dicho que no he tenido ningún día desgraciado, porque cuando tengo hambre, alabo a Dios; cuando nieva o llueve, bendigo a Dios; cuando las gentes que pasan, me desprecian o me miran con asco, o experimento alguna otra miseria, doy gloria a Dios. Le dije además que nunca he sido infeliz, y también es verdad, porque estoy acostumbrado a querer en todo y por todo lo que Dios quiere. Todo lo que me sobreviene, sea dulce, sea amargo, lo recibo de su mano con alegría, considerando que es lo mejor para mí, y este es el fundamento de mi felicidad.

—Y si después de padecer tanto, replicó Taulero, Dios quisiera condenarte, ¿qué dirías?

—Si Dios quisiera condenarme, contestó el men-

digo, con humildad y amor abrazaría a mi Señor, le tendría tan fuertemente abrazado, que si quisiera precipitarme en el infierno, sería necesario que viniera conmigo, y entonces sería más feliz con El en el infierno, que sin El gozando de todas las delicias inefables del cielo.

—Y dime, pobre hermano mío, ¿dónde has hallado a Dios?

—Lo he hallado, respondió, al abandonar las criaturas.

—Pero tú ¿quién eres?, preguntó Taulero.

—Yo soy rey, contestó el mendigo.

—Y tu reino ¿dónde está?

—Mi reino está dentro de mi alma, donde todo lo tengo bien ordenado, porque las pasiones obedecen a la razón y la razón a Dios.

Taulero le preguntó entonces cómo había alcanzado tan alta perfección, y el mendigo le contestó:

—Callando, evitando la conversación con los hombres y hablando con Dios; en la unión y trato familiar con mi Señor está fundada la paz y todo el contento que yo disfruto.

A este estado de perfección había llegado un mendigo, merced a su conformidad con la voluntad de Dios; en medio de su pobreza era a buen seguro más rico que todos los monarcas de la tierra, y en sus padecimientos y trabajos gozaba de felicidad más cumplida que todos los mundanos, nadando en terrenales deleites.

IV

Todas las cosas se tornan en bien del que se conforma con la voluntad de Dios

Locura insigne es la de aquellos que quieren resistir a la voluntad de Dios; forzados se verán a llevar la cruz, porque nadie puede impedir que se cumplan los divinos decretos, *porque a su voluntad*, pregunta San Pablo, *¿quién resistirá?* (1). Los muy desgraciados tendrán que cargar con su cruz, pero sin fruto, expuestos a llevar en este mundo vida inquieta y turbulenta y padecer en la otra vida mayores castigos; porque *¿quién resistió a Dios y gozó de tranquila paz?* (2). ¿Qué ganará el enfermo con desesperarse en sus dolores, que el pobre con lamentarse y quejarse de Dios en su pobreza, con rabiar cuanto le plazca, con blasfemar a su antojo del nombre de Dios? Lo único que ganará será padecer doblados trabajos. “¿Qué vas buscando, hombrecillo miserable, pregunta San Agustín, buscando bienes? Ama y busca el único bien verdadero,

(1) Rom., IX, 19. (2) Jo., IX, 4.

en el cual están todos los bienes.” Busca a Dios, únete a él, abrázate con su voluntad santísima, y vivirás siempre feliz, en esta y en la otra vida.

Y Dios, ¿qué es lo que quiere sino nuestro bien? ¿Podremos dar con un amigo que nos ame más que Dios? Todo el empeño, todo el deseo del Señor es que nadie se pierda, sino que todos se salven y se hagan santos. *El Señor, dice San Pedro, no quiere que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia* (1). *La voluntad de Dios, añade San Pablo, es vuestra santificación* (2). El Señor ha cifrado su gloria en hacernos felices; porque siendo por naturaleza, como dice San León, bondad infinita, y siendo propio de la bondad el comunicarse a otros, tiene entrañable deseo de hacer participantes a las almas de sus bienes y de su felicidad. Y si nos envía tribulaciones en esta vida, es para labrar nuestra dicha, *todas son para nuestro bien*, como asegura San Pablo (3). Aun los castigos que nos envía no son para nuestra perdición, sino para que nos enmendemos y alcancemos la eterna bienaventuranza. *Creamos, decía Judit al pueblo de Israel, que los azotes del Señor nos han venido para enmienda nuestra y no para nuestra perdición* (4). El Señor, a fin de librarnos de los males eternos, *como un escudo nos cubre por todos lados*, según la expresión del Salmista (5). Y no solamente desea, sino que se desvela y *tiene especial cuidado*, como dice David. *de nosotros* y de nuestra salvación (6). Y después de habernos dado a su único Hijo, ¿podrá negarnos

(1) II Ptr., III, 9. (2) I Thess., IV, 3. (3) Rom., VIII, 28. (4) Jud.,

VIII, 27. Ps., V, 13. (6) Ps. XXXIX, 18.

alguna cosa? *El que ni a su propio Hijo perdonó, como dice San Pablo, sino que lo entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo después de habérmolo dado dejará de darnos cualquier otra cosa?* (1).

Con esta confianza, pues, debemos arrojarnos en manos de la divina Providencia, en la seguridad de que todas sus disposiciones van encaminadas a nuestro bien. En todos los sucesos de nuestra vida digamos con el salmista: *Yo, Dios mío, dormiré en paz y descansaré en tus promesas, porque tú, oh, Señor, sólo tú has asegurado mi confianza* (2). Abandonémonos en sus benditas manos, porque ciertamente velará por nuestros intereses, como dice San Pedro: *Descarguemos en su amoroso seno todas sus solicitudes, pues El tiene cuidado de nosotros* (3). Pensemos siempre en Dios y en cumplir su santísima voluntad, que El pensará en nosotros y en nuestro bien. “Mira, hija mía, dijo el Señor a Santa Catalina de Sena, piensa tú siempre en mí, que Yo siempre pensaré en ti.” Digamos con la Sagrada Esposa: *Mi Amado para mí, y yo para El* (4). Mi Amado piensa en hacerme feliz, yo no quiero pensar más que en complacerle y conformarme en todo con su voluntad santísima. “No debemos pedir a Dios, decía el Santo Abad Nilo, que haga lo que nosotros queremos, sino que se cumpla en nosotros su voluntad”; y cuando nos sobreviene alguna cosa que nos contraría, aceptémosla de sus divinas manos, no sólo con resignación, sino también con

(1) Rom., VIII, 32. (2) Ps. IV, 9. (3) I Ptr., V, 7. (4) Cant., II, 16.

alegría, a ejemplo de los Apóstoles, que *se retiraban de la presencia del Concilio muy gozosos porque habían sido hallados dignos de sufrir aquel ultraje por el nombre de Dios* (1). ¿Y qué mayor contento puede experimentar un alma que saber que sufriendo de buen grado algún trabajo da grande gusto a Dios? Dicen los maestros de la vida espiritual, que, si bien agrada a Dios el alma que tiene deseos de padecer por darle gusto, sin embargo, el Señor se complace más en aquellas almas que no quieren ni gozar, ni padecer, sino que totalmente se abandonan a su santísima voluntad y no tiene más ambición que cumplir lo que entienden es de su agrado.

Si quieres, alma devota, ser acepta al Señor y llevar en este mundo vida feliz y dichosa, procura estar unida siempre y en todas las cosas a su divina voluntad. No olvides que todos los pecados y desórdenes y amarguras de tu pasada vida tienen por raíz y fundamento el haberte separado de la voluntad de Dios. Abrázate de hoy en adelante con su divino beneplácito, y en todo lo que te suceda dí con Jesucristo: *Bien, Padre mío, por haber sido de tu agrado que fuese así* (2). Cuando te sientas turbada por algún adverso suceso, acuérdate que Dios te lo manda y dí al punto: “Dios así lo quiere”, y quédate en paz, añadiendo con David: *Enmudecí y no abrí mi boca, porque todo lo hacías tú* (3). Señor, ya que Vos lo habéis hecho, me callo y lo acepto. A esto debes enderezar todos tus pensamientos y

(1) Act., V, 41. (2) Matth., XI, 26. (3) Ps. XXXVIII, 10.

todas tus oraciones, pidiendo siempre al Señor en la meditación, en la comunión, en la Visita al Santísimo Sacramento, que te ayude a cumplir su voluntad. Al mismo tiempo ofrécete a El diciendo: Aquí me tenéis, Dios mío, haced de mí lo que sea de vuestro agrado. En esto se ejercitaba de continuo Santa Teresa, ofreciéndose a Dios a lo menos cincuenta veces al día, para que dispusiera de ella como mejor le pareciere.

¡Dichoso tú, amado lector, si obras siempre así!; a buen seguro que alcanzarás muy alta santidad, y después de llevar una vida feliz, tendrás una muerte dichosa. Cuando uno pasa de esta vida a la eternidad, el principal fundamento que nos deja de su salvación entera es ver si muere o no resignado a la voluntad de Dios. El que durante la vida ha recibido todas las cosas como venidas de la mano del Señor las aceptará también en la hora de la muerte con el fin de cumplir su voluntad santísima, y entonces ciertamente se salvará y morirá como santo. Abandonémonos sin reserva al querer y beneplácito de Dios, porque siendo infinitamente sabio, mejor que nosotros sabe lo que nos conviene; y amándonos con tan entrañable amor, ya que por nuestro amor perdió la vida, querrá para nosotros el mayor bien. “Estemos seguros y firmemente persuadidos, dice San Basilio, que Dios se preocupa intensamente más de nuestra dicha, que lo que nosotros podemos pretender y desear.”

V

De la práctica de esta virtud

Pero vengamos ya a la práctica, y veamos más en particular en qué cosas debemos conformar nuestra voluntad con la de Dios.

1.º En los accidentes ordinarios de la vida.

Y en primer lugar debemos sobrellevar con resignación los trabajos y naturales calamidades que acaecen fuera de nosotros, como son el mucho calor, el frío excesivo, la lluvia, las carestías, las pestilencias y otras semejantes. En estos casos guardémonos mucho de decir: ¡Qué calor más insoportable! ¡Qué frío tan espantoso! ¡Qué desgracia! ¡Qué suerte más lastimosa! ¡Qué tiempo más triste!, y otras parecidas expresiones, que demuestran poca o ninguna conformidad con la voluntad de Dios. Debemos admitir las cosas tales como se presentan, porque el Señor es el que todas las dispone.

San Francisco de Borja llegó una noche a una casa de la Compañía mientras nevaba: llamó varias veces a la puerta y como dormían tranquilos, nadie le abrió. Al amanecer se lamentaron todos los de la casa por haberlo dejado expuesto a la intemperie; mas el Santo les contestó diciendo que durante aquel tiempo había experimentado inefables dulzuras, al pensar que Dios le estaba arrojando sobre la cabeza aquellos copos de nieve.

Debemos también conformarnos con la voluntad del Señor cuando padecemos algo en nuestra persona, como hambre, sed, pobreza, deshonras y desolaciones interiores. En todos estos trances nuestro lema debe ser el siguiente: “Que el Señor haga y deshaga en mí como le plazca; sólo quiero lo que El quiera, y a pesar de todo estaré contento.”

Dice el P. Rodríguez que cuando el demonio procura algunas veces inquietarnos con algunas tentaciones de pensamientos condicionales, para hacernos caer en el pecado, debemos responder con un acto de adhesión a la voluntad de Dios. Si el otro te dijese esto ¿qué responderías?, si acaeciese esto, ¿qué harías?, en este caso, ¿cómo te habrías? A estas cosas debemos responder a ojos cerrados: “Yo diría o haría lo que entendiera que era la voluntad de Dios.” Por este medio evitaremos todo pecado, y nos libraremos de cualquier angustia.

2.º En los defectos naturales.

Tampoco debemos lamentarnos de nuestra mala suerte cuando nos veamos cargados de defectos de alma y cuerpo, tales como mala memoria, ingenio tardo, poca habilidad, quebrantada salud o algún miembro del cuerpo contrahecho. ¿Hemos nosotros merecido, o Dios estaba obligado a darnos entendimiento más claro, o cuerpo mejor formado? ¿No estaba en su mano habernos dado solamente las facultades como a los brutos animales, o habernos dejado en la nada de que nos sacó? ¿Quién al recibir algún don pone condiciones para aceptarlo? Demos, pues, gracias a Dios por lo que su bondad infinita nos ha concedido y contentémonos con lo que nos ha dado.

¿Quién sabe si teniendo más claro talento, o salud más robusta, o rostro más agraciado, nos habríamos de perder? ¿Para cuántos su mucho talento y vastísima ciencia no ha sido ocasión de perderse, por haber menospreciado a los demás o hinchándose con el humo de vanidad? Porque en este escollo están muy expuestos a naufragar los que se aventajan en talento y en ciencia. ¿Para cuántos la hermosura y fortaleza del cuerpo ha sido motivo de caer en mil precipicios? ¿Cuántos hay, por el contrario, que por ser pobres, o deformes, o estar enfermos, se han santificado y salvado, y que se hubieran condenado si Dios les hubiera dado riquezas, o salud o hermosura! Sepamos, por tanto, conten-

tarnos con lo que Dios nos da; *porque sólo una cosa es necesaria* (1), es decir, nuestra salvación, y no la belleza, ni la salud, ni el talento.

3.º En las enfermedades.

De modo especial debemos resignarnos a la voluntad de Dios en las enfermedades, abrazándonos con ellas como vienen y para todo el tiempo que Dios fuere servido que las padezcamos. Podemos y debemos usar de los remedios ordinarios, que también esto es voluntad de Dios; pero si no producen su efecto, conformémonos con su querer y beneplácito, que nos será de más provecho que la misma salud. En estos casos he aquí lo que debemos decir al Señor: “Yo, Dios mío, ni deseo curar, ni estar enfermo; sólo quiero lo que Vos queráis.”

Aunque es más perfecto no lamentarse en la enfermedad de los trabajos que en ella se padecen, sin embargo, no es defecto ni falta de virtud hablar de ellos a los amigos, y aun pedirle a Dios que nos alivie, mayormente cuando la enfermedad nos agobia y martiriza. Entiendo hablar aquí de los grandes padecimientos que nos aquejan, porque es señal de mucha imperfección el quejarse y lamentarse y exigir que todo el mundo se compadezca de nosotros al sentir la menor molestia o el más insignificante malestar. De lo primero nos da ejemplo Jesucristo, que estando para comenzar su dolorosa Pasión, descubrió su angustia a los discípulos diciendo: *Mi*

(1) Luc. X, 42.

alma siente angustias mortales (1), y pidió al Eterno Padre que le librase de ellas. *Padre mío* —le dijo— *si es posible no me hagas beber este cáliz*. Pero nuestro amoroso Salvador nos enseñó al mismo tiempo lo que debemos hacer después de semejantes plegarias: resignarnos luego a su voluntad santísima y añadir con él: *Pero, esto no obstante, no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú*.

Personas hay que se forjan la ilusión de desear la salud, no para evitar el sufrimiento, dicen, sino para servir mejor al Señor, para observar con más perfección la Regla, para servir a la Comunidad, para ir a la iglesia y comulgar y hacer penitencia y emplearse en los ministerios de la salvación de las almas, confesando y predicando.

Pero, decidme, por vuestra vida, ¿por qué deseáis hacer estas cosas? ¿Por ventura para dar gusto a Dios? ¿Por qué andar buscando complacerle, cuando estáis ciertos de que es de su agrado que no recéis, ni comulguéis, ni hagáis penitencia, ni estudiéis, ni prediquéis, sino que con paciencia estéis tranquilos en vuestro lecho soportando los dolores que os aquejan? Unid entonces vuestros dolores a los de Jesucristo.

Pero lo que me desagrada, dice otro, es que estando enfermo soy carga para la Comunidad y doy pesadumbre a la casa. Pero si tú te resignaras a la voluntad de Dios, debes también creer que tus Superiores harán lo mismo, viendo que no por mala voluntad, sino por voluntad de Dios eres gravoso a

(1) Matth., XXXI, 38.

la casa. Pero ¡ah!, que estas quejas y estos lamentos no nacen ordinariamente de amor a Dios, sino del amor propio, que va buscando pretextos para sustraerse a la voluntad del Señor. Si de veras queremos complacerle cuando nos veamos clavados en el lecho del dolor, digámosle estas solas palabras: *Hágase tu voluntad*, y repitámoslas cien y hasta mil veces, repitámoslas siempre, que con ellas daremos más gusto a Dios que con todas las mortificaciones y devociones que podamos hacer. No hallaremos mejor manera de servirle que abrazándonos alegremente con su adorable voluntad.

El B.P. Juan de Avila, escribiendo a un sacerdote enfermo, le dice: “No tanteéis, amigo, lo que hicierais estando sano, mas cuánto agradeceréis al Señor con contentaros de estar enfermo. Y si buscáis, como creo que buscáis, la voluntad de Dios puramente, ¿qué más os da estar enfermo que sano, pues que su voluntad es todo nuestro bien?” Y tanto es así, que Dios es menos glorificado por nuestras obras que por nuestra resignación a su voluntad santísima. Por esto decía San Francisco de Sales que más se sirve a Dios padeciendo que obrando.

A las veces nos faltarán el médico y las medicinas, o bien el facultativo no acertará con nuestra enfermedad; pues también en esto debemos conformarnos con la voluntad de Dios, que dispone así las cosas para nuestro bien y provecho.

Estando enfermo un devoto de Santo Tomás de Cantorbery, fuese al sepulcro del Santo, para impe-

trar de él la salud. Al tornar a su patria, volvió en completa salud; pero entrando en juicio consigo mismo, se dijo: “¿Para qué quiero yo la recobrada salud, si la enfermedad me ayudaba mejor para salvarme?” Agitado con este pensamiento volvió a la tumba del Santo, le pidió que intercediera con Dios para que le concediera lo que más le conviniera a su eterna salvación. Apenas hubo terminado esta plegaria, cayó enfermo, y quedó a la vez muy consolado, persuadido como estaba de que el Señor así lo disponía para su mayor bien.

Refiere Surio que un ciego recobró la vista por intercesión del Obispo San Vedasto; pero después le pidió al Santo que si el uso de la vista no conducía a la salvación eterna de su alma le tornase a poner ciego; su oración fue oída, y se quedó ciego como hasta entonces había estado.

Cuando estemos enfermos, lejos de pedir la salud o la enfermedad, debemos abandonarnos a la voluntad de Dios, para que disponga de nosotros como más le agrade. Con todo, si nos determinamos a pedir la salud pidámosla siempre con resignación, y a condición de que la salud del cuerpo no sea perjudicial a la de nuestra alma; de otra suerte, nuestra oración será defectuosa y quedará sin respuesta, porque el Señor no acostumbra a oír las oraciones hechas sin resignación.

En mi concepto la enfermedad es la piedra de toque de los espíritus, porque a su contacto se descubre la virtud que un alma atesora. Si soporta la

prueba sin turbarse, sin lamentarse, ni inquietarse; si obedece al médico y a los superiores; si permanece tranquila y resignada a la voluntad de Dios, es señal de que está bien fundada en virtud. Pero, ¿qué pensar de un enfermo que prorrumpe en lamentos y se queja de que le asisten mal, que padece insoportables trabajos, que no halla alivio en los remedios, que dice que el médico es un ignorante y que llega hasta murmurar de Dios, pensando que le carga con demasiada la mano?

Refiere San Buenaventura en la vida de San Francisco, que estando un día el Santo trabajado por dolores espantosos, uno de sus religiosos, hombre por extremo sencillo, le dijo: “Pedid a Dios, Padre mío, que os alivie en vuestros trabajos y que no cargue tanto sobre vos la mano.” Oyendo esto el Santo, lanzó un suspiro y exclamó: ‘ Sabed, hermano, que si no estuviera persuadido de que habéis hablado por sencillez, no quisiera veros por más tiempo en mi presencia, por haberos atrevido a poner vuestra lengua en los juicios de Dios.’ Y luego, aunque débil y extenuado por la enfermedad, arrojóse de la cama al suelo, y besándolo dijo: “Gracias os doy, Señor, por los dolores que me enviáis; os suplico que me los aumentéis, si es de vuestro agrado. Mi mayor gusto sería que me aflijáis más, sin ceder un punto, porque en cumplir vuestra voluntad hallo yo el mayor consuelo que en esta vida puedo experimentar.”

4.º En la pérdida de las personas queridas.

De esta misma suerte hemos de portarnos, cuando nos sobrevenga la pérdida de alguna persona útil a nuestro provecho espiritual o temporal. Almas piadosas hay que en este punto caen en mil defectos, por no querer resignarse a la voluntad de Dios; debemos estar persuadidos de que nuestra santificación depende, no de nuestros directores espirituales, sino de Dios. Ciertamente que el Señor desea que nos sirvamos del padre espiritual en la dirección de nuestra conciencia; pero cuando nos lo quita, también desea que, lejos de disgustarnos, pongamos toda nuestra confianza en su bondad, diciéndole: “Vos, Señor, me habéis dado por guía al director de mi conciencia, pero ahora me priváis de él, cúmplase en todo vuestra santísima voluntad; suplid Vos ahora su ausencia y enseñadme lo que debo hacer para agradaros.

Con las mismas disposiciones debemos aceptar de las manos de Dios todas las demás cruces que se sirva enviarnos.

Pero me dirás que tantos trabajos son otros tantos castigos. —Pero, dime: los castigos que Dios nos manda en esta vida, ¿no son otras tantas gracias y beneficios? Si hemos ofendido a la majestad de Dios, debemos satisfacer a su divina justicia de alguna manera en este mundo o en el otro. Por eso debemos decir todos con San Agustín: “Aquí que-
ma, aquí corta, aquí no perdones, para que perdo-

nes en la eternidad.” Y con el Santo Job: *Mi consuelo sería que, sin perdonarme, fueses afligiéndome con dolores* (1). A la verdad, un alma que ha merecido el infierno, debiera consolarse al ver que Dios la castiga, persuadida de que se dignará librarla de los tormentos eternos. Cuando el Señor nos someta a algún trabajo, digamos con el sacerdote Helí: *El es el Señor, haga lo que sea agradable a sus ojos* (2).

5.º En las desolaciones de espíritu.

Debemos también resignarnos a la voluntad de Dios en las desolaciones espirituales. Cuando un alma se entrega a la vida espiritual, acostumbra el Señor comunicarle todo género de desolaciones interiores, a fin de desprenderla de los placeres del mundo; mas luego que la ve bien fundada en la virtud, le retira su favor, para probar si su amor es verdadero y se determina a servirlo y amarlo sin interés y sin el aliciente de los gustos sensibles. “¿Pienzas, hija, dijo el Señor a Santa Teresa, que está el merecer en gozar? No está sino en obrar y en padecer y en amar.” “No está el amor, decía la Santa en su vida, en tener lágrimas, sentir gustos y ternuras..., sino en servir con justicia y fortaleza de ánimo y de verdad...” Y añade: “Tengo para mí que quieres el Señor... dar estos tormentos y otras muchas tentaciones para probar a sus amadores.” Que el alma, favorecida del Señor con caricias y regalos,

(1) Job. VI, 10. (2) I Reg., III, 18.

se los agradezca, está bien; pero que no se aflija ni impaciente cuando se encuentra angustiada y desolada. Menester es estar muy sobre aviso en este punto, porque hay almas que se imaginan que Dios las ha abandonado, o que la vida espiritual no es para ellas, cuando sienten aridez y sequedad, y a causa de esto abandonan la oración, perdiendo así todo el fruto de su trabajo.

El tiempo de los espirituales desconsuelos es el más a propósito para ejercitarnos en la resignación a la voluntad de Dios. No pretendo que dejéis de experimentar angustia y pesar al sentirnos privados de la presencia sensible del Señor; porque es muy natural que el alma sienta tal privación y se lamenta de ella, puesto que se lamentó nuestro amoroso Salvador cuando desde lo alto de la cruz pronunció aquellas angustiosas palabras: *¡Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?* (1). Pero cualquiera que sea nuestro desconsuelo, debemos resignarnos siempre a la voluntad de Dios.

Todos los Santos han padecido estas desolaciones e interiores desamparos. “¡Qué duro está mi corazón! —exclamaba San Bernardo—, no tengo gusto ni parar leer, no hallo descanso ni en la oración ni en la meditación.” Ordinariamente los Santos han padecido muchas sequedades y han gozado de muy pocos consuelos; éstos suele el Señor concederlos de vez en cuando a las almas flacas, temeroso de que abandonen la vida espiritual; en cambio, los verdaderos gustos y contentos, premio de

(1) Matth., XXVII, 46.

nuestra virtud, los tiene reservados para el Cielo. Esta tierra es lugar de merecimiento, y se merece padeciendo, al paso que el Cielo es ya lugar de premio y de descanso. Por esto cabalmente los Santos, durante su peregrinación en este mundo han buscado, no los gustos y placeres sensibles, sino el fervor del espíritu, que se halla en padecer. “Más vale sin comparación estar en trabajos, decía el Padre Maestro Avila, si el Señor lo manda, que estar en el Cielo sin su querer.”

Pero me dirás: “Si yo supiera que esta desolación me viene de la mano de Dios, la sobrellevaría con gusto; pero lo que más me aflige y atormenta, es el temor de que me sobrevenga por culpa mía y en castigo de mi mucha tibieza.”

Pues bien; acaba con tu tibieza y comienza a ser más diligente en el servicio de Dios; pero inquietarte y abandonar la oración porque la sequedad te agobia, ¿no ves que con esto doblas tu mal? Supongamos que la sequedad de tu corazón sea un castigo, como dices; pero este castigo, ¿no te lo manda Dios? Acéptalo como merecido por tu infidelidad, y únete a la voluntad de Dios. ¿No dices que has merecido el infierno? Entonces ¿por qué te quejas?; ¿mereces acaso que Dios te inunde de consuelos? Resígnate, pues, y soporta el desamparo en que el Señor te deja, no abandones la oración, ni el camino que has emprendido, y teme que tus quejas y lamentos no provengan de tu poca humildad y de tu poca resignación a la voluntad de Dios. El fruto

más sazonado y abundante que un alma puede sacar de la oración, es unirse a la voluntad de Dios, diciendo con resignación: "Acepto, Señor, este trabajo como venido de vuestras manos, y lo acepto porque es de vuestro agrado; si queréis que gima bajo su peso por toda la eternidad, dispuesto estoy a ello." Orar así, aunque con gran hastío, te será de más provecho que los más regalados consuelos.

Pero aquí es de advertir que no siempre la sequedad es un castigo; veces hay que el Señor dispone que caigamos en espiritual desconsuelo para nuestro mayor provecho y para que nos conservemos en la humildad. A fin de que San Pablo no se ensoberbeciese por los dones que el Cielo le había otorgado, permitió el Señor que fuese atormentado con tentaciones de impureza. *Y para que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca*, escribe el Santo Apóstol, *se me ha dado el estímulo de mi carne, que es como un ángel de Satanás, para que me abofetee* (1). No es de maravillar que uno haga oración cuando sobrenada en consuelos; pero, como dice el Eclesiástico: *Hay también algún amigo, compañero en la mesa, el cual en el día de la necesidad ya no se dejará ver* (2). A buen seguro que no tendrás por amigo sincero a aquel que sólo se limita a sentarse a tu mesa, sino a aquel otro que te asiste con desinterés en tus necesidades.

En la sequedad y en los desconsuelos del alma es cuando Dios prueba a sus verdaderos amigos. Paladio padecía en la oración congojas de muerte; co-

(1) II Cor., XII, 17. (2) Eccli., VI, 10.

municóle a San Macario su desgracia, el cual le dijo: “Cuando te venga el pensamiento de abandonar la oración, respóndele: Por amor a Jesucristo me contento con estar aquí, guardando esta celda.” Así debes responder cuando te sientas inclinado a abandonar la oración por creer que estás perdiendo el tiempo: “Yo estoy aquí, puedes decir, para dar gusto a Dios.” Decía San Francisco de Sales que aunque en la oración no hiciéramos más que desechar las distracciones y resistir a las tentaciones, nuestra oración sería buena. Y Taulero añade que con no abandonar la oración, a pesar de las sequedades que en ella sintamos, alcanzaremos del Señor mayor cúmulo de gracias que si durante mucho tiempo hubiéramos gozado en ella de sensibles consuelos.

De un gran siervo de Dios se cuenta, según el P. Rodríguez (1) que decía: “Cuarenta años ha que sirvo a Nuestro Señor y trato de oración, y nunca he tenido en ella gustos ni consuelos; pero el día que la tengo, siento después en mí un aliento grande para los ejercicios de virtud; y en faltando en esto ando tan caído que no se me levantan las alas para cosa buena.” Dicen Gersón y San Buenaventura que hay almas que sirven a Dios con más perfección, cuando no llegan a tener el recogimiento deseado que cuando todo le sale bien, porque entonces andan más diligentes y humilladas; de lo contrario se envanecerían y caerían más fácilmente en tibieza, persuadidas de que habían hallado lo

(1) Ejercicio de perfección, tr. VIII, c. 29.

que buscaban.

Esto que decimos de las sequedades de espíritu vale también para las tentaciones. Debemos procurar evitar las tentaciones; pero si es voluntad de Dios que seamos tentados contra la fe, contra la pureza o contra otra virtud cualquiera, no debemos lamentarnos, sino resignarnos también en esto a la voluntad de Dios. A San Pablo, que pedía al Señor le librase de tentaciones impuras, le respondió: “Bástate mi gracia” (1). Si alguna vez nos sucede que no es atendida nuestra oración cuando pedimos al Señor que nos libre de una tentación molesta, digámosle: “Haced, Dios mío, lo que os agrade; bástame vuestra gracia; asistidme, a fin de que no me condene.” Porque no son las tentaciones, sino el consentimiento que a ellas damos, lo que nos hace perder la gracia de Dios. Las tentaciones, cuando resistimos a ellas, nos hacen más humildes, son mina riquísima de méritos, que nos obligan a recurrir a Dios con más frecuencia, nos preservan de caer en pecado y nos hacen crecer cada vez más en su santo amor.

6.º En la hora de la muerte.

Finalmente, hemos de resignarnos a la voluntad de Dios en lo que mira a nuestra muerte, sea en cuanto al tiempo, sea en cuanto al modo que Dios se sirva enviármola. Escalando Santa Gertrudis una escarpada colina, resbaló y cayó en un valle; sus

(1) II Cor., XII, 9.

compañeras la preguntaron después si no había tenido miedo a morir sin sacramentos. “Verdad que yo deseo, contestó la Santa, morir fortificada con los santos Sacramentos; pero deseo más lo que Dios quiere, porque estoy persuadida de que la mejor disposición para bien morir es someterse al querer y beneplácito de Dios; mi deseo es morir de la manera que el Señor lo tenga dispuesto.”

Se lee en los diálogos de San Gregorio que, habiendo los vándalos condenado a muerte a un sacerdote llamado Santolo, le dieron a escoger el género de suplicio que más le agradara. El santo varón rehusó elegir, diciendo: “Estoy en las manos de Dios, dispuesto a sufrir la muerte que El quiera darme por vuestro medio; ésta escojo y no otra.” Este acto agradó tanto al Señor, que, habiendo determinado los bárbaros cortarle de un tajo la cabeza, Dios detuvo el brazo del verdugo; en presencia de tan señalado prodigio resolvieron perdonarle la vida. Por consiguiente, en cuanto a la manera de morir, debemos escoger la muerte que Dios haya determinado enviarnos. Cada vez que pensemos en la muerte, digamos de corazón: Salvadme, Señor, y después enviadme el género de muerte que os agrade.

Resignémonos también a la voluntad de Dios en cuanto a la hora de nuestra muerte. ¿Qué es la tierra sino una cárcel donde gemimos aherrojados, con peligro de perder a Dios a cada instante? Esto es lo que hacía exclamar a David: *Saca de esta*

cárcel a mi alma (1). Este temor obligaba a Santa Teresa a suspirar por el momento de la muerte; y cuando oía sonar el reloj se consolaba pensando que había pasado una hora en la que se veía fuera del peligro de perder a Dios. Decía el P.M. Juan de Avila, que cualquiera que se hallara medianamente dispuesto debía desear la muerte, por razón del peligro en que se vive de perder la gracia de Dios. ¿Qué cosa más apreciable que una buena muerte, que nos pone en la imposibilidad de perder la gracia de Dios?

Pero dirás: “Yo no he hecho nada de bueno todavía, ni he ganado mérito alguno para el Cielo.” Pero suponiendo que es voluntad de Dios que ahora pierdas la vida, ¿qué harías de provecho viviendo contra su voluntad? Y ¿quién te promete que entonces sería tu muerte tan feliz y segura como la que ahora puedes esperar? ¿Quién sabe si mudando de voluntad caerías en otros pecados que te arrastraran al infierno? Añádase a esto que, viviendo, no puedes vivir sin cometer al menos faltas ligeras. Por esto exclama San Bernardo: “¿Por qué deseamos conservar una vida en la cual, mientras vivamos, tanto más pecamos?” Y, sin embargo, es cierto que más desagrada a Dios un pecado, que pueden agradecerle todas las obras buenas que podemos hacer.

Digo además que no ambicionar el Paraíso es manifiesta señal de amar poco a Dios. El que ama desea la presencia del amado; y como quiera que el hombre no puede ver a Dios si no abandona este

(1) Ps. CLI, 8.

mundo, por eso los Santos suspiraban por la hora de la muerte, para ir a ver a su amado Señor. “Mue-
ra yo, Dios mío, exclamaba San Agustín, para ir a
verte.” *Tengo deseo*, decía San Pablo, *de verme li-
bre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cris-
to* (1). *¿Cuándo será que yo llegue*, decía también
David, *y me presente ante la cara de Dios!* (2).
Así hablan todas las almas enamoradas del Señor.

Cuenta un autor que, andando un día a caza un
caballero, llegó a un bosque, donde oyó una voz
humana y harto suave. Entró por el bosque aden-
tro, y halló un pobre leproso carcomido por la en-
fermedad, y le preguntó si era él quien cantaba.
“Yo, señor, era el que cantaba, respondió el lepro-
so. —Y ¿cómo puedes cantar y alegrarte, dijo el
caballero, teniendo tantos dolores que te están
quitando la vida? Respondió el pobre: Entre Dios,
mi Señor, y yo no hay otro medio sino esta pared
de lodo, que es este mi cuerpo; quitado, y roto este
impedimento iré a gozar de la visión de Su Majes-
tad eterna. Y como veo que cada día se va desha-
ciendo a pedazos, me gozo y canto.”

7.º En los bienes espirituales.

Por último, aun en los grados de gracia y gloria
que Dios nos dé, hemos de conformarnos con su
voluntad santísima. Debemos estimar en su justo
valor lo que se relaciona con la gloria del Señor, pe-
ro en mayor aprecio debemos tener su voluntad;

(1) Phil., I. 23. (2) Ps. XLI, 3.

debemos ambicionar amarle más que los serafines, pero no debemos desear mayor grado de amor del que el Señor ha determinado concedernos.

Dice muy bien el P. Maestro Avila: "No creo que ha habido santo en este mundo que no deseara ser mejor de lo que era; mas esto no les quitaba la paz, porque no lo deseaban ellos por su propia codicia y que nunca dicen harto hay; mas por Dios, con cuyo repartimiento estaban contentos, aunque menos les diera, teniendo por amor verdadero el contentarse con lo que El les da más que el desear tener mucho" (1).

El cual viene a decir, como explica el P. Rodríguez, que si bien hemos de ser diligentes y fervorosos en procurar nuestra perfección por cuantos medios podamos, a fin de que no se nos entre la tibieza y dejemos de hacer lo que es de nuestra parte so color de decir: Dios me lo ha de dar; todo ha de venir de la mano de Dios, yo no puedo más; sin embargo, después de hacer buenamente lo que es de nuestra parte, más agrada a Dios la humildad y la paciencia en las flaquezas, que esas tristezas y congojas demasiadas que algunos traen. Entonces sin perder el ánimo, levantémonos de nuestras caídas, humillémonos, arrepintámonos y prosigamos nuestro camino, fiados en la ayuda del Señor.

Y aunque también podamos desear estar en el Cielo en el Coro de los serafines, no para tener nosotros más gozo, sino para amar más a Dios y darle mayor gloria, debemos, esto no obstante, resignar-

(1) Audi filia, c. 23.

nos a su santa voluntad, contentándonos con el grado de gloria y de amor que el Señor se digne por su misericordia otorgarnos.

Defecto harto notable sería el desear ser por Dios regalado con los dones de oración sobrenatural, como éxtasis, visiones, revelaciones. Dicen los maestros de la vida espiritual que las almas favorecidas por Dios con este género de gracias deben pedirle que se las retire, a fin de poder amarle, guiados por la fe, que es el camino más seguro. Muchas almas hay que han llegado a la perfección sin gozar de estas gracias sobrenaturales, sólo la virtud, y sobre todo la conformidad con la voluntad de Dios, es la que levanta a las almas al grado sublime de la santidad.

Y si no es del agrado del Señor levantarnos a tan sublime perfección y gloria, resignémonos en todo a su divino querer, suplicándole al menos nos salve por su infinita misericordia. Obrando así, no será pequeña la recompensa que recibiremos de la generosa mano del Señor, el cual ama con especial predilección a las almas resignadas a su voluntad.

VI

CONCLUSION

En suma, debemos mirar como venidas de la mano del Señor todas las cosas que nos suceden o nos pueden suceder. Todas nuestras acciones debemos enderezarlas al único fin de agradar a Dios y de cumplir su voluntad. Para caminar con paso firme por este camino, debemos dejarnos guiar por nuestros superiores en nuestras exteriores acciones, y en las interiores de nuestra alma, del director espiritual; sólo por aquí llegaremos a entender lo que Dios quiere de nosotros, dando gran crédito a las palabras de Jesucristo, que ha dicho: *El que a vosotros oye, a mí me oye* (1). Esforcémonos sobre todo por servir a Dios del modo que El quiere ser de nosotros servido. Digo esto, para que evitemos el engaño en que caen algunos, que pierden lastimosamente el tiempo alimentando vanos pensamientos y diciendo: Si yo me sepultara en un desierto, si entrase en un monasterio, si me retirase a

(1) Luc., X, 16.

un lugar solitario, fuera de esta casa y lejos de mis parientes y amigos, me haría santo, practicaría estas y estas penitencias, me dedicaría más a la oración. Pero se contentan con decir: yo haría, yo haría; y entre tanto no llevan con resignación las cruces que Dios les envía, y no quieren entrar por el camino que el Señor quiere, y lejos de santificarse van de mal en peor.

Estos deseos son a las veces tentaciones del demonio, que les tienta a no conformarse con la voluntad de Dios; por lo cual menester es arrojarlos de nuestro espíritu y alentarnos a servir a Dios, siguiendo la senda que nos ha trazado. Cumpliendo su voluntad, a buen seguro que nos haremos santos, en cualquier estado o condición que el Señor nos haya puesto. No queramos más que lo que Dios para nosotros quiere, y entonces El nos llevará grabados en su corazón.

Para conseguir esto hagámonos familiares algunos textos de la Escritura que nos invitan a unirnos más y más con la voluntad del Señor. Digamos con San Pablo: *Señor, ¿qué quieres que haga?* (1). Decidme lo que deseáis de mí, que pronto estoy a hacerlo. O con David: *Tuyo soy, sálvame* (2); puesto que ya no soy mío, sino vuestro, haced de mí, Dios mío, lo que os agrade. Cuando te sientas agobiado por el peso de una más cruel adversidad, como la muerte de algún ser amado, o la pérdida de bienes u otros semejantes, no te canses de repetir: *Sí, Padre mío, alabado seas, por haber sido de tu agrado*

(1) Act., IX, 6. (2) Ps. CXVIII, 94.

que fuese así. Pero entre todas las oraciones, la que con más frecuencia hemos de repetir es la que nos enseñó Jesucristo en el Padre nuestro: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo.* Dijo el Señor a Santa Catalina de Génova que al rezar el *Padre nuestro* se detuviera particularmente en estas palabras, suplicándole a la vez que le otorgase la gracia de cumplir en la tierra su voluntad con tanta perfección como los bienaventurados en el cielo. Sigamos nosotros este mismo consejo, y ciertamente llegaremos a muy alta perfección.

Sea por siempre bendita y alabada la voluntad del Señor, así como también la Inmaculada y bienaventurada Madre de Dios.

VII

La práctica cristiana (1)

Yo vengo, conforme está escrito de mí al principio del libro, para cumplir tu voluntad. Esto he deseado, ¡oh Dios mío! y tengo tu ley en medio de mi corazón (Ps. XXXIX).

La voluntad de Dios

Toda la santidad consiste en amar a Dios, y amar a Dios es hacer su voluntad: y no hay otra santidad fuera de ésta.

Hace la voluntad de Dios, amarle, buscar únicamente su beneplácito y su gloria, procurar el advenimiento de su reino, todo viene a ser lo mismo. Pero de la manera que mejor lo entendemos y lo sentimos es diciendo que *toda la perfección y santidad consiste en hacer la voluntad de Dios totalmente, amorosamente, pacíficamente*, esto es, sólo por su amor y con amor gozoso, sin buscar en nada

(1) Desde aquí en adelante ya no es de S. Alfonso.

ni perdonar en nada nuestro amor propio y voluntad y sin preocuparnos excesivamente ni quejarnos de los demás ni de los acontecimientos.

Esto es lo que predicaba y practicaba el buen Jesús, Salvador nuestro, el cual dijo que había venido a cumplir la voluntad de su Padre celestial (1); que éste era su alimento (2) que los apóstoles no conocían; que aquel que cumple sus mandamientos es quien le ama (3); que quien hace su voluntad éste es su madre y su hermano y todo (4).

No puede ser más claro y evidente: el mismo Jesús, con sus palabras y obras, declara que la santidad y el amor de Dios consisten en cumplir perfectamente su divina voluntad.

Cómo se nos manifiesta

Esa voluntad de Dios es siempre no sólo muy clara, sino evidente (salvo rarísimas excepciones que no es menester explicar aquí), y la conocemos por tres medios.

I. Por medio de *nuestras obligaciones*, ya sean las propias de todo cristiano, ya las propias de cada estado. Aquí entra el cumplimiento de los mandamientos, preceptos, votos, reglas, los actos de justicia y de caridad, la obediencia a los superiores, hay que fijarse en la debida al director espiritual, cosa que, tratándose de personas que aspiran a la perfección, es más importante de lo que muchos creen, sobre todo en materia de escrúpulos, dudas.

(1) Joan., V, 30; VI, 38. (2) Joan., IV, 34. (3) Joan., XIV, 21 y 23. (4) Matth., XII, 50. Marc., III, 35.

y peligros.

II. Es voluntad de Dios, todo lo *propuesto rec-
tamente*, es decir lo resuelto después de haberlo
pensado bien, de haberlo encomendado a Dios en
la oración y de haber escuchado el prudente conse-
jo del director o confesor. Tales son, por ejemplo,
las resoluciones y propósitos hechos durante los
ejercicios o retiros espirituales o en la confesión, el
orden propuesto, etcétera.

III. Finalmente, *todo lo imprevisto* por nos-
otros y que, sin culpa nuestra, nos impide cumplir
las obligaciones contraídas y guardar el orden pro-
puesto. Tales son las enfermedades, las tribulacio-
nes, los actos de caridad para con el prójimo, los
estorbos de cualquier clase, las dificultades que
sobrevienen, etc.

Por lo tanto, pocas excepciones puede haber en
la manifestación de la voluntad de Dios, siendo
siempre tan clara y evidente, así en lo previsto y
ordenado, como en lo imprevisto y extraordinario
que Dios hace que nos salga al paso precisamente
para que no hagamos lo que tenemos costumbre de
hacer o hemos propuesto, si no lo que El nos
presenta como cosa repentina e ineludible.

Manera de cumplirla. Condiciones

La dulce práctica consiste en abandonarse con
una abnegación absoluta del amor propio y de la
voluntad, con sencilla simplicidad de corazón, con

tranquilidad de espíritu y con aquel íntimo gozo y alegría de quien siente plena satisfacción en lo que hace. Por consiguiente, de ninguna manera se ha de hacer como una cosa forzada, ni se ha de mirar (aunque, en cierta manera lo sea) como una vida de austerísimo sacrificio, pues quien tal pensare o sintiere, no entendería bien esta perfección ni prácticamente la alcanzaría. En la vida del hombre santo, se trasluce radiante aquella luz beatífica, que todo lo endulza, todo lo conforta, todo lo tranquiliza, hace que todo le hable y le sonría amablemente. Y ciertamente esta vida de perfección se ha de practicar con toda naturaleza y sencillez con graciosa amabilidad, con el corazón dispuesto a todo, siempre y en todo momento, con la misma alegría, simplicidad y desprendimiento. Por esto hemos dicho que se ha de *de cumplir la voluntad de Dios, toda, amorosamente y pacíficamente, o sea totalmente, con amor y absoluta paz espiritual.*

Y aclarando algo más estas cualidades, diremos:

Totalmente, esto es, en todas las cosas y en todos los momentos, y, por lo tanto, de una manera constante y absoluta. Es, pues, necesaria la abnegación más completa de nuestra voluntad y la mayor indiferencia posible acerca de los medios y manera de cumplir la voluntad divina.

Amorosamente, o sea, estimando de todo corazón esta práctica de la voluntad divina, bien enamorados del buen Jesús, salvador, redentor, maes-

tro, amigo y esposo nuestro, que nos enseñó el camino con sus palabras y ejemplos. Debemos hacerlo todo puramente por amor suyo, sin pensar en nosotros, con aquel íntimo gozo y satisfacción espiritual de contentarle y complacerle, cumpliendo gustosamente su voluntad.

Pacíficamente, que quiere decir con aquella paz imperturbable propia de quien está seguro de que ningún mal podrá perderle ni dañarle. Con aquella sencillez y simplicidad evangélicas que nos predicó Jesús al ponernos como modelo un niño, lo cual da aquella libertad de espíritu y naturalidad que sólo poseen los cristianos y, mejor aún, los santos.

Expliquemos y meditemos cada una de estas cualidades y condiciones. Aquel que las entendiére bien, aquel a quien Dios se las diere a conocer y a sentir interiormente, habrá encontrado la piedra filosofal y la clave de esta materia.

Hacer la voluntad de Dios totalmente

Es claro y evidente que, practicada en su totalidad la voluntad divina, requiere un *desprendimiento absoluto*, y el mayor, de nosotros mismos, de todas las cosas y aun de las mismas virtudes que nos hemos propuesto practicar y adquirir, del mismo orden de vida que nos habíamos impuesto; en una palabra: una *perfectísima abnegación*.

Y no nos ha de extrañar esto, pues nada de cuanto ocurre en este mundo se ha de tener por

cosa extraña ni triste. Antes al contrario, lo hemos de considerar siempre como cosa *natural* en esta vida y lo hemos de aceptar *contentos* de hacer con ello la voluntad de Dios, aunque estas cosas no sean las virtudes que queríamos practicar, ni los propósitos que teníamos hechos.

Nosotros nos trazamos un camino, el que nos parece mejor para ir a Dios, con ciertas virtudes, actos y propósitos. Y Dios, con enfermedades y otros estorbos, nos cierra este camino, para que le busquemos, por otra senda que El nos ofrece y abre delante de nosotros. Pues ¿qué más nos da? Si lo que buscamos y pretendemos, como fin, no son aquellas virtudes, aquellos propósitos, o sea todos aquellos medios, sino solamente Dios, y a éste lo encontramos por otro camino que no nos gusta o que, tal vez, ni queríamos ni soñábamos, ¿por qué nos hemos de entristecer, ni quejar, ni apurar, ni siquiera extrañarnos? Cuántas veces Nuestro Señor nos señala un lugar o un cargo, una obra más o menos importante y después, cuando ya nos tiene allí y con la obra en marcha, parece que exprofeso deshace bajo mano lo que hacemos por El o permite, a lo menos, que los demás inutilicen aquel trabajo que El mismo ha puesto en nuestras manos. Esto ocurre con frecuencia. Somos nosotros quienes tenemos la terquedad espiritual de buscar la voluntad divina siempre por unos mismos medios, que nos parecen queridos por Dios (y lo son ordinariamente, aunque no para todos los

casos y momentos), y cuando nos priva de ellos todos son tristes quejas, lamentos y aflicción de espíritu. ¿Y por qué esto, si son únicamente *medios*? Porque, en la práctica, convertimos muchas veces en *fin* muchas cosas santas y buenas (quizás precisamente porque lo son): meditación, comuniones, asistencia a la santa misa, ejercicios espirituales, obras de misericordia, etc., pero cosas todas ellas que, a pesar de ser muy santas y sagradas, no tienen, en último término, otro valor que el de *medios*, para amar y servir a Dios.

Considera, pues, que llega un día en que Dios no quiere ser servido por estos medios tan sanos, sino por otros no tan buenos en sí, y te priva de aquellos por mucho tiempo o por pocos días, con una enfermedad, un resfriado o un dolor vulgar: entonces es inútil y sobra toda queja. Aquellos días de cama o de enfermedad han de tener para ti el mismo valor que las misas, oraciones, comuniones y demás buenas obras que habrías hecho estando sano. Si lo que te proponías era, no sólo comulgar, oír misa, meditar, trabajar, sino cumplir la divina voluntad y amar a Dios, puedes hacer esto mucho mejor estando enfermo y con menos peligro de poner en ello tu voluntad y amor propio.

La parábola propuesta por el buen Jesús, en la cual aquel señor pagaba el mismo jornal a los que habían trabajado todo el día que a los que había alquilado a última hora, ¿no te enseña claramente que no es solamente la cantidad o clase de trabajo

lo que Dios remunera, sino que premia atendiendo más al cumplimiento de la voluntad divina, aunque sea practicando obras de menor trabajo y fatiga o realizando trabajos menos buenos y dignos? Además, si estuvieses más atento a dar gusto a Dios y a cumplir toda su voluntad, con más desprendimiento de tí mismo y de la recompensa que justamente esperas, ¿te causarían tanta desazón, desfallecimiento y tristeza las adversidades y te sabría tan mal el tener que cambiar una obra que hacías, una ocupación que tenías, por otra no tan buena y menos santa?

La voluntad de Dios no siempre exige de nosotros los medios más santos o los actos y las obras mejores. Y como, además, esta voluntad divina se manifiesta variada hasta el infinito y sapientísimamente regida por designios inescrutables, es evidente que, sea cual fuere la forma bajo la cual se nos manifieste, no sólo no nos ha de doler, sino que ni siquiera nos ha de extrañar, ya que en los planos de Dios todo *está natural y divinamente* ordenado para su gloria y para nuestro bien.

Lo que falta es que nos penetremos bien de estas verdades, que pongamos más amor en el cumplimiento de la voluntad de Dios y que nos hagamos más indiferentes a los medios y manera de hacerla. El amor al medio ha de ser sólo en cuanto lo hemos de menester, es decir *ordenado en su uso*. Haciéndolo así, sabremos dejarlo sin grave pena. Por esto decimos y repetimos que, para la perfec-

ción y santidad de que estamos tratando, se requiere una absoluta y plena abnegación.

Hacer la voluntad de Dios amorosamente

Esta abnegación absoluta de nosotros mismos, esta indiferencia sobre los medios y maneras diversas que se ofrecen de hacer la voluntad de Dios no significa un árido estoicismo que nos haga practicar la voluntad de Dios fríamente como a quien *tanto se le da*. Este abandonarse enteramente en la voluntad divina no quiere decir que nos hayamos de conducir de una manera meramente pasiva. Todo lo contrario: hemos de ser activos y celosos, procurando con todas nuestras fuerzas cumplir de la mejor manera que sepamos aquella obra que Dios pone en nuestra mano o pasar y sufrir aquella tribulación que nos envía. El que quiere hacer la voluntad de Dios amorosamente, ha de hacerlo todo con aquel interés, fervor y devoción del enamorado, cuando está seguro de que da gusto al amado. Y, en primer lugar, ha de pensar que el amor de Dios ha de ser el motivo principal y único, en cuanto sea posible, de entregarse a su divina voluntad. Ha de procurar, asimismo, sublimar este amor, olvidándose aun del premio y fruto que de él sacará, estar verdaderamente enamorado de Dios y como verdadero enamorado darse por muy bien pagado de poderle servir y amar, a costa de cualquier sacrificio de sí mismo, aunque no hubiese

otra recompensa. Ya es bastante dulce y divina ésta. El enamorado, con sólo ver la letra de su amada, ya sonríe y se complace, sin saber lo que contiene aquella misiva. Así es como se porta el amador enamorado de Jesús. Sólo al pensar que hace la voluntad divina, siente ya en su corazón el gozo sonriente de vivir en el amor divino, aunque desconozca los acontecimientos tristes o alegres, la gloria o el martirio que esta divina voluntad le reserva en este mundo. Para él, todo sonríe, con aquella sonrisa amabilísima de los ángeles que todo se lo preparan amorosamente en su camino para que, cuando pase por él, lo encuentre todo a punto, tal como lo haya dispuesto Dios. ¡Qué delicia y qué gozo encontrarlo todo fina y suavemente preparado por los ángeles, dispuesto sabiamente por Dios y enseñado y practicado por el mismo Jesús, Salvador y amigo nuestro enamorado! ¡Quién será capaz de arrebatarnos ese continuo e inefable gozo? ¡Oh, sí! hagámoslo todo con mucho amor, con todo el amor. ¡Qué importa que ciertas cosas no nos gusten, si gustan a Dios y esto es lo único que queremos? No está en nuestra mano el practicar ciertos actos y sacrificios con *gusto nuestro*, pero sí lo está el hacerlo *gustosamente por Dios*. Y así, no mirando nuestro gusto y placer, sino el gusto y placer de Dios, estaremos siempre santamente contentos y gozosos de practicar la voluntad divina en todos los actos, tanto si nos gustan y complacen como si nos molestan y mortifican. Es

propio del amor, y sobre todo del amor divino, hacer todas las cosas con verdadero gozo y contento espiritual. Así es como le gusta a Dios que hagamos las cosas, pues como dice el Apóstol San Pablo (1): *Cada uno dé conforme lo ha destinado en su corazón, no de mala gana o por fuerza, pues Dios ama al que da con alegría.*

El amor nos ha de hacer contentos y alegres, activos y diligentes en todas las cosas, dándoles así la mejor perfección que sea posible.

Hacer la voluntad de Dios pacíficamente

Hemos de cumplir todo el querer de Dios con aquella paz imperturbable, propia de quien está seguro del camino que sigue y de que nadie puede estorbarle ni dañarle; con aquella paz que no es fruto de la ausencia de luchas y tentaciones (que nunca faltan), sino resultado de una voluntad firmísima de superar todos los obstáculos y que, con la gracia vence todas las dificultades; en una palabra: con aquella paz naturalmente nacida en el corazón de quien *no desea otra cosa*, que lo que posee o lo que ocurre sea lo que fuere, pues todo lo ve claramente dispuesto por la voluntad divina y esto es lo que busca exclusivamente. Por esto decíamos más arriba que nada nos ha de parecer *extraño*, pues todo es absolutamente *natural* y está ordenado sabiamente dentro de los planes inescrutables de la divina providencia: ningún aconteci-

(1) "Unusquisque prout destinavit in corde suo, non ex tristitia, aut ex necessitate: hilarem enim datorem diligit Deus", (II Cor., IX, 7).

miento que, sin culpa nuestra, se nos presente, nos ha de parecer triste, pues todos absolutamente sirven para dar gusto y complacer a Dios, lo cual es bastante para alegrarlo todo. Todo nos ha de parecer *natural y amable*, pues, realmente, todo lo es dentro de la voluntad de Dios.

Esta *naturalidad* y esta verdadera libertad de espíritu, este vivir amablemente desligados de todo y amorosamente dispuestos a todo, sólo se consigue con aquella simplicidad y sencillez evangélicas tan recomendadas por el Buen Jesús y tan difíciles de sentir para quien no pone sinceramente por base de sus virtudes la verdadera humildad. Pidamos con insistencia a Jesús esta humildad y que nos haga sentir este espíritu de simplicidad y sencillez evangélicas, este candor infantil tan dulce y amable que nos propone como ejemplo. El que llega a entender este espíritu y Nuestro Señor se lo da a sentir internamente, ha encontrado una fuente de exquisitas suavidades espirituales del amor.

No basta abandonarse en manos de Nuestro Señor, sino que es menester hacer lo con aquella simple y sencilla confianza que nada teme ni por nada se preocupa. Por esto es completamente opuesta a este espíritu la excesiva reflexión, aun en las cosas espirituales.

Una de las sutilísimas tentaciones, con que el demonio acomete ciertas almas bien dotadas de corazón y de talento, es le hacerlas reflexionar, casi de una manera constante y siempre excesiva, sobre

las mismas cosas espirituales. Ven, conciben y sienten ideales bellísimos de amor de Dios; buscan y piensan fórmulas prácticas para realizarlos, y, cuando el camino está visto y el itinerario estudiado, se encuentran sin alas para volar tan alto; y, como que, gracias a Dios, no se desalientan, buscan y meditan otro camino más trillado, y, cuando lo tienen dispuesto, un acontecimiento inesperado, un simple obstáculo, una vulgaridad, todo lo deshace como una nube el viento. No ceden y conciben otros planes, que nadie ni nada puedan estorbar... y tampoco se realizan. Entonces reflexionan sobre sí mismos buscando la razón y echando únicamente la culpa a su mala voluntad (nunca a la flaqueza humana), examinan si hay algo en su conciencia que les pueda hacer daño y ser causa de ello. Y pueden dar gracias a Dios, si de todo esto no nace un gran desfallecimiento o un mar de escrúpulos.

Este temperamento se trasluce en las obras; y, como que tienen talento suficiente y claro para ver lo que éstas deberían ser y como deberían marchar, se afanan y se desazonan buscando una perfección que, si bien cae dentro de los límites de la posibilidad humana, se sale de los límites del orden ordinario de las cosas bien hechas.

Esta excesiva reflexión, continua y universal, aunque hija de la buena voluntad (no cabe dudar de ello) y practicada con buena intención (es evidente), es la destructura de que se vale el demonio, en estas personas, contra la naturalidad, la sencillez

y la simplicidad evangélicas.

No pongamos, pues esta desazón o solicitud excesiva en nuestros deseos, sobre todo en el orden externo, pretendiendo una perfección que, si bien es posible, no es la ordinaria. Procuremos, pues, emplear este exceso de celo en las cosas de la vida interior; en adquirir más amor de Dios, confianza, humildad, oración, abnegación; no es pretender una perfección lícita y buena, pero, al fin, puramente humana, o, a lo menos, mucho más natural de lo que nosotros pensamos. La perfección que comunica a las obras el espíritu interior de que hemos hablado, es mucho mejor.

POESIA DE SANTA TERESA DE JESUS

VUESTRA SOY, PARA VOS NACI

*Vuestra soy, para Vos nací,
¿qué mandáis hacer de mí?*

Soberana Majestad,
eterna Sabiduría,
bondad buena al alma mía;
Dios, alteza, un ser, bondad,
la gran vileza mirad
que hoy os canta amor ansí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Vuestra soy, pues me criastes;
vuestra, pues me redimistes;
vuestra, pues que me sufristes;
vuestra, pues que me llamastes;
vuestra, porque me esperastes;
vuestra, pues no me perdí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

¿Qué mandáis, pues, buen Señor,
que haga tan vil criado?
¿Cuál oficio le habéis dado
a este esclavo pecador?
Veisme aquí mi dulce Amor,
Amor dulce, veisme aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Veis aquí mi corazón,
yo le pongo en vuestra palma,
mi cuerpo, mi vida y alma,
mis entrañas y afición;
dulce Esposo y redención,
pues por vuestra me ofrecí,
¿qué mandáis hacer de mí?

Dadme muerte, dadme vida,
dad salud o enfermedad,
honra o deshonra me dad,
dadme guerra o paz crecida,
flaqueza o fuerza cumplida,
que a todo digo que sí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme riqueza o pobreza,
dad consuelo o desconsuelo,
dadme alegría o tristeza,
dadme infierno, o dadme cielo,
vida dulce, sol sin velo,
pues del todo me rendí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis, dadme oración;
sino, dadme sequedad,
si abundancia y devoción,
y si no esterilidad.
Soberana Majestad,
sólo hallo la paz aquí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme, pues, sabiduría,
o por amor, ignorancia;
dadme años de abundancia,
o de hambre y carestía;
dad tiniebla o claro día,
revolvedme aquí o allí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Si queréis que me esté holgando,
quiero por amor holgar.
Si me mandáis trabajar,
morir quiero trabajando.
Decid, ¿dónde, cómo y cuándo?
Decid, dulce Amor, decid.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Dadme Calvario o Tabor,
desierto o tierra abundosa,
sea Job en el dolor,
o Juan que al pecho reposa;
sea viña fructuosa
o estéril, si cumple así.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Sea José puesto en cadenas,
o de Egipto Adelantado,
o David sufriendo penas,
o ya David encumbrado;
sea Jonás anegado,
o libertado de allí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Esté callando o hablando,
haga fruto o no le haga,
muéstreme la Ley mi llaga,
goce de Evangelio blando;
esté penando o gozando,
sólo Vos en mí viví.
¿Qué mandáis hacer de mí?